

Anecdotario humorístico en la celebración de las pruebas presenciales de antaño

De viaje en tren y en autobús custodiando las cajas de los exámenes

Corría la década de los ochenta cuando se decidió cerrar un centro en Tarrasa en el que había muy pocos alumnos, por lo que solo fuimos dos profesoras, una jovencísima ayudante, de la Facultad de Químicas recién ingresada en las filas docentes, como secretaria, y yo de joven presidenta. Llevábamos dos consistentes cajas de cartón, una cada una con todos los modelos de los exámenes de las carreras impartidas en la UNED, que no eran pocas, por si se presentaba algún alumno de cualquier licenciatura. Recuerdo la bajada del autobús que cogimos en Barcelona para trasladarnos a Tarrasa, como una hazaña heroica: el chófer nos ayudaba a sostener el peso de las grandes cajas cuadradas porque no habíamos querido dejar los tesoros de Tutankamón en el maletero del bus, sino a nuestros pies o en nuestros brazos. Apenas hubo alumnado, quiero recordar que solo de carreras técnicas y, a mitad de semana, tuvimos la suerte de que Serrat diera un concierto al aire libre que selló entre nosotras una amistad y compañerismo para el resto de nuestra carrera académica.

Durmiendo en un hostel con los exámenes debajo del colchón

También está muy presente en mi memoria un tribunal, en el que coincidimos varios compañeros amigos, entre ellos mis queridos Pepe Oliva y Aurora Marquina. Teníamos que examinar en Tortosa (Tarragona), y habíamos hecho la reserva en el único hotel que encontramos ateniéndonos a las dietas. Cuando llegamos nos pareció escasamente decente, pero sobre todo inseguro ya que también éramos portadores de las cajas-valijas de cartón con los formularios de los exámenes, y el hostel estaba lleno de alumnos que se iban presentar a ellos. Me recuerdo como secretaria, recién contratada como ayudante en la UNED (debía de ser un curso entre 1976 y 1979) durmiendo con un ojo abierto y con los exámenes debajo de la cama. Al día siguiente decidimos que no aguantaríamos allí toda la semana. Aurora y yo nos arreglamos con nuestras mejores galas y pedimos una entrevista con el director del Parador, haciendo de embajadoras portavoces del tribunal de la UNED. Al día siguiente estábamos alojados todos en el maravilloso parador con un precio ajustado

a nuestra dieta ¡Qué pena le debimos de dar, o qué gran poder de convicción el nuestro!

Cantando las asignaturas en tesitura de soprano

Para organizar la entrada de los alumnos en las aulas se procedía de la siguiente manera. Llegábamos los miembros del tribunal, y ante el grupo expectante del alumnado, el/la presidente/a nos interpelaba al resto de los profesores: ¿Quién canta? Y algún colega que sabía mi pertenencia al coro, se dirigía a mí: venga Pilar, que tú tienes buena voz...y allá que empezaba yo a impostar mi voz y emitir en gorgoritos más o menos modulados: Derecho Procesal, Química orgánica, Literatura de los siglos de Oro, Psicología Social, Teoría de circuitos,... Se puede entender que cuando se incorporó la informática en la entrada de los alumnos a las aulas del examen, nos dejó maravillados a los profesores más antiguos. Ante nuestros incrédulos ojos, el alumno pasaba su carnet por una máquina, y unos pasos más adelante recogía por otra sus hojas de examen con el formulario de su asignatura impreso, en el que constaba el tiempo permitido desde ese minuto, y el asiento que le correspondía en el aula. Lo que ahora contemplamos como normal nos parecía en las primeras convocatorias informatizadas algo mágico, pero no era para menos, ya que la diferencia del anterior *modus operandi*, que habíamos practicado durante muchos años, era hartamente diversa.

M. Pilar Espín Templado

